

Sin literatura

"Mi juego es claro: digo lo que tengo que decir, sin literatura", escribe Clarice Lispector en *La relación de la cosa*, un cuento bello y muy extraño destinado a investigar el "infernical alma tranquila" de un reloj despertador. Con los años la frase ha sido ligeramente mutilada para caber en las contratapas de sus libros, a manera de emblema o de poética: "Digo lo que tengo que decir, sin literatura".

De una u otra manera la obra de Clarice Lispector siempre se vale de un resquicio antiliterario: la autora se resiste a que sus libros sean algo, más bien desea que sean nada o, al menos, otra cosa; quiere que sus cuentos no sean cuentos, que sus novelas no sean novelas –y no me refiero a un forzado experimentalismo o a esos lugares comunes que con insólita paciencia pasan y repasan en los talleres literarios–: Lispector no busca sorprender al lector, o cautivarlo, sino sorprenderse ella misma, hacerse cautiva de una historia que podría abandonar pero sigue escribiendo para saber cómo es, cuánto falta, cuándo empezó. "Rarísimos poemas están permitidos. De novela, ni hablar", dice de pronto, a pito de nada, y el cuento sobre un reloj finaliza bruscamente, como si se le hubiera acabado la cuerda: "Ahora voy a terminar este relato de misterio. Ocurre que estoy muy cansada". Mientras ella descansa los lectores ya estamos en el cuento siguiendo o regresamos al anterior, pues así se lee a Clarice Lispector: de corrido, deteniéndose y acelerando, de nuevo, una vez más.

Tampoco la crónica le parecía a Lispector terreno liso. Su obra no literaria se confunde persistentemente con su obra literaria (no es difícil imaginar a la autora rebelándose o bostezando ante estas distinciones). Apremiada por la necesidad de dinero, Clarice aceptó, en 1967, una columna semanal en el *Jornal do Brasil*, que duró hasta que, en 1973, recibió el inesperado sobre azul. Hace un par de años Adriana Hidalgo Editora publicó *Revelación de un mundo*, la primera edición en español de esas prosas afiladas e introspectivas, aunque tal vez sea mejor renunciar, desde ya, a calificarlas o a describirlas con precisión. Por lo demás, Lispector no buscaba encaminar a los lectores sino más bien dejarlos –dejarlos– en pausa: "Vamos a decir la verdad: esto de aquí no es para nada una crónica. Esto tan sólo es. No entra en un género. Los géneros ya no me interesan. Lo que me interesa es el misterio".

Misterio no era, para la autora, sinónimo de oscuridad o de vaguedad o de simple coquetería. Por el contrario, al misterio se llega siguiendo el deseo de exactitud. Clarice Lispector mantiene la mirada los minutos o las horas que sean necesarios, aunque le ardan los ojos. Casi siempre gana y si pierde acepta que ha perdido y escribe sobre el ardor en los ojos: "Vivo de casualidades, vivo de líneas que inciden una en la otra y se cruzan y en el cruce forman un leve e instantáneo punto".

Todo sirve, todo vale en las crónicas de Clarice Lispector: evocaciones del agradable tiempo perdido separando gotas de mercurio, diálogos tensos o amables con los taxistas, indignaciones políticas y estéticas, teorías sobre la forma de un huevo o sobre la experiencia de pedir socorro, complicidades con Chico Buarque y Tom Jobim, esmerados retratos de sus empleadas domésticas, evocaciones de viajes en barco, en tren, en avión, confesiones temerarias o candorosas, o esta admirable descripción nada menos que del olor de la vida: "Es una mezcla de carne, de cuerpo con gasolina, con viento de mar, con sudor de axilas". Los raptos de amor y de odio obedecen a la extrema y reflexiva libertad de una voz sola,

que de vez en cuando se vuelve sobre sí misma para incrustar pensamientos en voz alta: "Estoy escribiendo con mucha facilidad, y con mucha fluidez. Hay que desconfiar de eso". A veces se levanta a atender el teléfono y al retomar la escritura nos cuenta quién era, qué quería. Y si le sobra espacio pone punto aparte y, como si nada, cambia de tema. El 27 de enero de 1968, por ejemplo, Clarice aprovecha las últimas líneas de su columna para insertar un aleccionador mensaje al corrector de pruebas: "No me corrija. La puntuación es la respiración de la frase, y mi frase respira así. Y si a usted le parezco rara, respéteme también. Incluso yo me vi obligada a respetarme".

No hay lugares prohibidos para Clarice Lispector. A lo sumo hay lugares donde no desea ir, tal vez para evitar la lista de preguntas frecuentes e improvisar, en cambio, la pasión definitiva de escribir. *Revelación de un mundo* en cierto modo desmiente la imagen de Lispector como una autora reacia, ajena a los avatares del mundo. Más bien parece cálida y compasiva, lo que importaría poco, desde luego, si no fuera por su escritura vibrante, su estilo inimitable, su compromiso con el lenguaje, su desdén por toda reducción: le desagrada que la califiquen de "intelectual" o que la comparen con Virginia Woolf, pues en estas operaciones sólo ve facilismos académicos, que poco o nada aportan a la lectura de su obra.

"Cuando no estoy escribiendo yo simplemente no sé cómo se escribe", dice Lispector, que insiste, con lucidez, en la necesidad de prescindir de las recetas: "No saber escribir tal vez sea exactamente lo que me salvará de la literatura". Cada mañana, antes de agregar narradores o emprender cansadas composiciones de lugar, habría que recordar estas frases honestas, y esa otra, decisiva, que vale más que un millón de trucos. Otra vez: "Digo lo que tengo que decir, sin literatura".

Alejandro Zambra
Santiago de Chile · 75

Zambra ...